





de haber sostenido un sitio de muchos años contra los moros que recibían auxilios de los enemigos del rey D. Felipe V, el que á causa de la guerra de sucesión de España, no podía enviar tropas, y el último socorro que partió para Africa fué inútil, por la defección del conde de Santa Cruz. En 1752 trató Felipe V de recobrar esta ciudad, para lo cual se juntó en Alicante un ejército de 30,000 hombres, al mando del conde de Montemar, y el 28 de junio dió fondo con felicidad en la *plaza de las aguadas*, una legua al poniente del puerto de Mazalquivir. Empezó el desembarco el día siguiente y se terminó el 30. Defendían la plaza 22,000 hombres, que por tres horas resistieron con valor los ataques de los sitiadores, y al cabo se vieron obligados á desalojar la plaza y el castillo; y el día 1.º junio se apoderaron los españoles de la ciudad, y la poseyeron hasta el año 1792. En la noche del 8 al 6 de octubre de 1790, sintióse en Orán á la una y algunos minutos de la noche, un terremoto tan violento, que en tres minutos arruinó la mayor parte de los edificios y quebrantó los demás. Los que ocupaban las alturas, como la alcazaba, contaduría, tesorería, el cuartel y los templos, espermentaron el mayor daño, y estos cayendo causaron la ruina de otros. El terror que se apoderó de los ánimos y la incertidumbre del partido que habían de tomar para salvarse, fué causa de que muchos pereciesen; unos se precipitaron por huir, y otros murieron por haberse estado quietos. Al general estremecimiento siguieron por todas partes los lamentos de los que heridos ó medio sepultados en los escombros pedían que los socorriesen, y de otros que no para sí pedían auxilio, sino para sus padres, hijos, amos ó mugeres; mas continuando los sacudimientos tuvieron los que clamaban igual suerte que aquellos para quienes demandaban socorro. Algunos pudieron ocupar varias plazuelas, pasando por medio de las ruinas, ó lograron llegar á la plaza de armas, que por estar en el centro fué el comun refugio. Era grande allí la confusión, y al mismo tiempo que lloraban la pérdida de los propios que echaban menos, tenían que disponerse para morir á impulso de las repeticiones del terremoto que no cesaba. Acrecentaba la aflicción el temor de que el enemigo, siempre en vela, escitado por aquella clamorosa vocería y conociendo el estado de la población, se introdujese por alguna de las brechas que se suponían abiertas en la muralla, y así muchos sujetos procuraron con sus exhortaciones contener los lamentos de tan crecido número de gente, aunque en vano. Buscábase al general, y no había quien supiese de su suerte: clamaba el pueblo porque se le franquease la puerta de la plaza para refugiarse en el campo huyendo de los edificios que amenazaban desplomarse al mas leve temblor, y no se encontraban las llaves, que con la mayor parte de la casa del general, yacían bajo las ruinas de la iglesia mayor: buscábanse herramientas, ya para franquear las puertas, ya para socorrer á los sepultados en los escombros, y no se encontraban en parte alguna: llamábanse operarios y ninguno parecía, con lo que reclusos á vista de la muerte sin poder evitarla, atormentaba á aquel desgraciado pueblo el mas prolongado martirio.

Llegado el día se pudo averiguar que el comandante general había fallecido con toda su familia, y al momento se encargó del mando el oficial que había quedado inmediato en graduación. Este, dando las providencias que aquel lamentable estado reclamaba, mandó conminar con pena de muerte á todo el que robase; destinó á los confinados, que por la ruina de los cuarteles andaban libres, á un sitio para contenerlos y emplearlos; repartió patrullas de desterrados y de soldados por las calles, para que socorriesen á los que encontrasen vivos y recogiesen á los difuntos; pero apenas habían principiado á ejecutar su encargo, cuando repitiendo varias veces el terremoto y desplomándose las casas que aun estaban en pié, tuvieron que retirarse quedando sin efecto la providencia.

Mejor resultado tuvo la disposición de que bajasen á la ciudad los operarios de la maestranza, pues con su venida se franquearon las puertas y se evacuó la ciudad, saliendo las gentes al llano llamado de la Horca, donde se presentó el lastimoso espectáculo de tantos heridos y estropeados, que tuvieron que permanecer á la inclemencia y carecer de medicinas, y aun los facultativos que vivían estaban heridos. Aumentaba el conflicto la distancia de la costa, el temor del enemigo y la falta de alimentos, si bien había harina, pero faltaban hornos para cocer el pan, y fué necesario construirlos inmediatamente fuera de poblado.

Halláronse abiertos algunos puntos de la muralla y castillos, pero no tanto que dejasen de prestar la defensa necesaria. Se dispuso colocar á los heridos en las cuevas de la marina, único sitio que se discurrió pudiese servirles de albergue, aunque sin otro auxilio que el corto alimento que algunas personas caritativas pudieron sacar de entre los escombros. A fin de atender á la subsistencia del pueblo, se destinaron algunos panaderos á Mazalquivir para que desde allí lo surtiesen en lo posible. Se determinó impedir la entrada en la ciudad á toda clase de personas, y distribuir patrullas para llevarlo á efecto; pero no fué posible, porque se ocultaban entre los escombros y edificios medio arruinados.

Los muchos confinados, que libres por necesidad estaban hambrientos, y la tropa que sufría de continuo grande fatiga, estaban exánimes y poco dispuestos por tanto á resistir una acometida del enemigo. La destrucción de las casas, el fácil paso que las ruinas daban á la plaza por varias partes de las que miran al interior, y la imposibilidad de remediar este mal y defender los puntos menos interesantes, puesta toda la atención en los que miraban al enemigo, ofreció acasion á la gente de mala vida para que se entregase al saqueo de las casas principales y ricas que estaban abandonadas, y todo el rigor que se desplegó no fué bastante para evitar este daño.

Apenas amaneció, se presentaron los enemigos en las eminencias próximas para reconocer la situación de la ciudad, que ellos creían aun mas apurada todavía, y así se determinaron á tantear si podrían hacerse dueños de la plaza. Con este objeto, apenas oscureció, empezaron á hacer tentativas aproximándose por todos los flancos de la plaza, acercándose á Tremecen hasta la campana, que en aquel tiempo estaba arruinada, castillos de Santa Cruz y San Gregorio, torre del Nacimiento, y aun á la misma línea.

No había en la plaza mas que 1,626 hombres de tropa que pudiesen tomar las armas, y con ellos se guarnecieron todos los puntos arriesgados, haciendo ver á los moros que no estaba la ciudad tan indefensa como ereían. Mas como los terremotos continuaban causando muchos estragos, y las torres de las huertas no podían guarnecerse por su mal estado y falta de gente, continuaron los moros hostilizando la plaza de día y de noche, repitiendo sus tentativas vigorosamente, de modo que destruyeron con picos y otros instrumentos las puertas de las torres, sin que pudieran arruinarlas por impedirse los fuegos de la ciudad; pero molestaban mucho á los infelices habitantes, que permanecían sin abrigo contra los tiros, lo que aumentaba en gran manera aquella miserable situación. Construyéronse baterías en los llanos de la Horca y San Felipe, colocando en ellas artillería, que se sacó de otros puntos menos importantes; se reforzaron las brechas, ya separando escombros y profundizando los fosos, ya formando salchichones con la mayor actividad, y esto sin embargo de la escasez que padecían los trabajadores, y al fin se consiguió ponerse en el mejor estado de defensa para recibir al bey de Mascara, que con unos 10 á 12,000 hombres y alguna artillería, se presentó en un gran campamento. Empezaron sus escaramuzas, y todos los días reconocían el campo de los españoles, pero sin mucho empeño, hasta que el día 21 de octubre emprendieron muy de mañana un ataque general contra la torre del Nacimiento, avanzando á ella por el barranco llamado de la Sangre, de modo que llegaron hasta sus muros, y arrojando escalas intentaron tomar la fortaleza. No bastando para impedir esto los fuegos de los castillos, determinó el comandante que las partidas de fusileros y los confinados hiciesen una salida, lo que ejecutaron con el mayor arrojo cogiendo las avenidas del barranco y apostadero de San Carlos, y cargando intrépidamente contra el enemigo, lo desalojaron con mucha pérdida de su parte, y quedaron los españoles dueños del campo, habiendo sido mayor la mortandad de los moros por el empeño que pusieron estos en recoger los cadáveres.

Desde este día empezaron á notarse varios trabajos del enemigo; pero sin molestar la plaza, hasta que el día 23 al amanecer dispararon algunos cañonazos y granadas, que aunque no hicieron daño, dieron mucho cuidado porque su batería dominaba el campamento de los españoles; mas en el discurso del día disparando con mas acierto lograron arrojar algunas balas en el campamento de los españoles, por lo que estos se retiraron de noche al castillo y fosos de Rosalcazar, dejando las tiendas para que los moros no echasen de ver esta novedad.

Continuaron los enemigos haciendo fuego en los días siguientes, y aun se sospechó que intentaban hacer una mina contra el castillo de Santa Cruz, por lo que se hizo una salida y reconocimiento, y se encontró un principio de mina con diez á doce arrobas de pólvora en cueros de cabra, que se recogieron, y se deshizo enteramente la obra principiada.

El día 26 intentaron los moros un nuevo ataque á la torre del Nacimiento, creyéndola mas fácil de tomar, y con intento de coger á los españoles entre dos fuegos si intentaban otra salida; pero estos sin salir los rechazaron vigorosamente desde los fuertes y estacadas. Guarecieronse los enemigos en las torres de las huertas y acometieron con extraordinario ardor de 18 á 20,000 hombres, en cuya muchedumbre hizo el fuego de los españoles indecible estrago, resultando heridos solamente un corto número de soldados.

Escarmentado el bey con este suceso, principió á mover su campamento y retirar la artillería, distinguiéndose desde el castillo de San Andrés que se llevaban una grande escala que tenían prevenida. Entonces, considerando no haber riesgo, salieron los españoles y quemaron los espaldones enemigos, recogiendo algunos pocos utensilios abandonados por los moros.

Pasado este peligro, y pudiéndose ya atender á remediar los males pasados y tomar conocimiento del estado de la población, se halló que



habían perecido en aquella terrible catástrofe unas 3,000 personas. El gobierno, sabido el estado de la plaza, mandó á los regimientos de Mallorca y Córdoba para aumentar la guarnición; pero al cabo resolvió abandonar la plaza en 1792, estipulando con la regencia de Argel que sería en adelante privativo de España el comercio de Mazalquivir, que consiste en frutos del país, granos, carnes, lanas, cueros, cera y alpiste, satisfaciendo 442,000 reales anualmente por esta gracia. Es problemático si la conservación de Orán y Mazalquivir sería mas útil que gravosa á España bajo el concepto económico y militar.

Orán en el día pertenece á la Argelia, y es uno de los tres distritos militares en que está dividida esta colonia francesa, siendo los otros dos Argel y Constantina.

L. M. RAMIREZ DE LAS CASAS-DEZA.



## LA YERBA DE VIRTUDES.

Cuento.

(Continuacion.)

II.

Si yo te dijera que Juan así que hubo encomendado el niño á los cuidados de la Azucena y á la vigilancia de la pobre enferma, logró un sueño tranquilo y tan dulce como solamente había disfrutado allá en sus mejores días, tal vez te ocurriera la idea de tachar al pobre mozo de insensible ó de olvidadizo, porque no de otro modo podías explicarte que tan tranquilo durmiera ahora quien á las anteriores causas que le habían privado de reposo había añadido otra que debía aumentar sus temores por lo porvenir. Si viviera mi abuelita, puede ser que ella te diera algunas razones suficientes para que no variases en la opinión que anteriormente te haya merecido el buen Juan; pero yo que no tuve la curiosidad de preguntárselas, siguiendo fielmente la relación de lo que oí, solo puedo asegurarte, que con efecto el pobre mozo se durmió á pierna suelta.

Realmente, nada de lo que deseaba había obtenido. La benéfica yerba que tanto le importaba obtener allá en el castillo, se había quedado bajo la salvaguardia del centinela: ninguna reparación había conseguido del ultraje que recibió del opulento indiano: despedido por su amo le faltaba el único recurso que tenían para vivir él y su madre: sobre si había echado además la obligación de mantener aquella criaturita, que tan inesperadamente por las puertas de su casa había entrado, debía satisfacer las preguntas que le haría su madre acerca de su singular hallazgo, y sin embargo de todas estas causas de inquietud, el bueno de Juan dormía, á pierna suelta.

La venida del alba fué en esta ocasion, como siempre, la que puso término á su sueño. Incierto, respecto á los medios de que se valdria para procurarse el pan de aquel día, salió con la esperanza de hallar un jornal en dirección de la plaza, sitio adonde entonces, como ahora, concurrían los jornaleros que no tenían trabajo, y los colonos ó propietarios que necesitaban de agenos brazos para sus labores; pero con un dolor, que iba en aumento á manera que el día avanzaba, veía Juan formarse y salir cuadrillas de la plaza sin haber podido entrar en ninguna, unas veces porque no fué buscado, y otras porque como á novicio se le pospuso á los que conocidos ya por los capataces gozaban con ellos de una reputación ó compadrazgo de que él carecía.

—Pues señor, está de Dios que no he de encontrar hoy donde ganar un jornal... Y si no lo encuentro, ¿con qué comemos? Por mí, bien sabe Dios que no lo siento; pero mi madre... ¿Quedarse mi madre sin comer! ¿Por vida de!...

Y haciendo el último esfuerzo se dirigió el pobre mozo á uno de los

capataces que habían andado mas reacios para reunir su cuadrilla, y le ofreció ir á trabajar con él por la mitad de lo que diese á los demás. Pero desechado también esta vez como las otras, tuvo por añadidura que oír los denuestos con que lo apostrofaron los jornaleros, que no pudieron oír con paciencia una proposición que atacaba tan directamente sus intereses.

Abatido con el pesar, pero aun no tan desesperado que no encontrase en sí fuerzas bastantes para vencer las tentaciones que le asaltaron de responder con las obras á los insultos que le dirigían, refunfuñando y dando manotadas al aire, que lo hubieran hecho pasar por loco á los ojos de cuantos en él hubiesen reparado, se volvió á su casa, en la que entró mohino y desalentado.

Como la madre Cármen tenía en la Divina Providencia una confianza tan ilimitada, encontró en ella palabras que reanimaron algun tanto el abatido ánimo de Juan; pero á pesar de todo puede ser que aquel día hubiera transcurrido sin que hijo y madre probasen la gracia de Dios, á no haberse dado la casualidad de que siendo el destinado por María en la semana para el amasijo, sabiendo que la pobre enferma padecía un desgano que aumentaba sus dolencias, tuvo el acuerdo de hacerle una torta rellena con un buen chorizo, con su huevo encima; y calentita, para que contribuyera mas á abrir el apetito, fué á llevársela corriendo así que la hubo sacado del horno.

Como la casita de que to he hablado daba espaldas á uno de los baluartes de la ciudad, la abundante y lozana yerba que en él crecía suministraba siempre pasto sabroso para la Azucena; de manera que viendo Juan satisfechas las necesidades de su reducida familia, dedicó las horas que restaban del día á rondar el castillo, y á combinar el plan que había de seguir para obtener la benéfica yerba que en aquel se encerraba.

En los tiempos en que Juan vivía, no era aquella fortaleza exterior é interiormente considerada lo que es en el día. Existiendo entonces dentro de lo que es hoy su recinto, una iglesia parroquial, y aun varias casas donde habitaban algunos vecinos, era una parte muy reducida del castillo la que no estaba franqueada al público, y aun para penetrar en ella no se presentaba el obstáculo de las murallas, de manera que vencido este gran inconveniente, tan solo tenía que elegir Juan punto por donde sin ser visto, pudiera acercarse al polvorin: y habiendo hecho la elección del que le pareció el mas á propósito; tocadas que fueron las diez de la noche, se encaminó á dar cima á su aventura, después de haberse encomendado piadosamente á la Virgen de la Soledad, y á la imagen divina, que como ya te he dicho, tenía que encontrar en su camino.

Por fortuna del pobre muchacho, aquella noche estaba tan oscura y tormentosa como la que la precedió; así es que luego que hubo dejado detrás de sí el palacio de los duques de Badajoz, y desembocado por el callejón aquel contiguo á la plazuela cercana á la parroquia de Santa María, inclinándose á la derecha empezó á franquear la parte verdaderamente arriesgada de su camino; costeando la rambla que cercaba al polvorin, y acercándose á él cada vez mas, ya salvando con un salto las escavaciones que á su paso encontraba, ya ganando á ras-tras las alturas formadas aquí y allí con los escombros de edificios que habían sido derribados.

Aunque supersticioso no tenía Juan pizca de cobarde, si hemos de dar crédito al testimonio de mi abuelita, y sin embargo, puede ser que le hubieran tenido por incapaz de matar ningún moro, si hubieras ido á juzgar de su valor por los precipitados latidos que su pobre corazón daba, y por la contracción que sufrían todos los músculos de su cuerpo cuando después de haber salvado un foso, empezó á subir á gatas la rambla, único obstáculo que ya le separaba del lugar de sus afanes.

A costa de mil precauciones, ensangrentadas las manos con las heridas que en ellas le habían causado las puas de los cardos que allí crecen en abundancia, y á las que diferentes veces tuvo que asirse para no dar rodando con su cuerpo en el foso, había conseguido ganar la mitad de la altura, cuando al poner el pié en un montón de escombros, desprendió algunas piedras que por poco no lo arrastran en su caída, y que dando con el ruido que formaron al caer el alarma al centinela, hicieron salir de sus labios un ¡quién vive! tan rápido y sonoro, que por largo tiempo resonó en el espacio, y en la mente del buen Juan, causándole el efecto que le hubiera producido un arcabuzazo disparado á quema ropa.

Si, hubiera deseado entonces el pobre mozo encontrarse siete estados debajo de la tierra, lo demostraba el ahínco con que procuraba coser á ella su cuerpo; pero un segundo ¡quién vive! mas acentuado y fuerte que el primero, lo decidió á buscar en la fuga su salvación.

Visto esta vez distintamente por el centinela, al mismo tiempo que con la voz llamaba á la guardia, amartilló su arma y la disparó en la dirección en que el buen Juan se encontraba cosido otra vez al suelo para precaverse del riesgo que el castañeteo del arma le había anunciado.



Un momento de absoluto silencio, y el conocimiento de que realmente existía, dieron tiempo suficiente á nuestro mancebo para enderezarse y emprender una carrera, á cuya velocidad servían de aguijones las voces del centinela y los pasos precipitados que oía de los demás soldados que corrían en su persecución; pero sea que decididamente la suerte hubiera escondido su rostro al pobre mozo, ó que con el sobresalto equivocase su camino, lo cierto fué, que al tomar la vuelta de un cerro se encontró de manos á boca con cuatro hombres y cuatro manos, que aferrándolo por el cogote, le hicieron perder el equilibrio y dar aun otra vez mas con su pobre cuerpo en tierra.

—Dáte, tunante! le dijo un soldado.

—Sujétale los brazos con el cinturón á este perillán, decía otro.

—Quita, para qué! mejor es darle gusto al dedo y mandar á este perro á cenar con el diablo, añadió un tercero. Y entre tanto el buen Juan pugnaba por desasirse, y entre dientes murmuraba palabras de súplica, de amenaza y de rabia reconcentrada, hasta que encontrándose sujeto por todas partes no tuvo mas remedio que rendirse á discreción.

—Déjalo, déjalo, ya está bien, dijo á uno de su gente el que al parecer era el jefe, y encarándose con el pobre mozo: Perillán, ¿qué buscabas por aquí á estas horas? venías á caza de gamusinos?

—Por la Virgen, suéltame V.—Yo soy un hombre de bien. He venido á buscar una yerba para mi madre...

—Sí, ya te darán la yerba para tu madre. Tú eres un espía portugués. Anda, anda, que ya te ajustarán las cuentas.

—Yo espía! miente V.

—¿Cómo que miento, tunante? ¿Venías á pegarle fuego al polvorín para divertirme en ver cómo volábamos? Ya verás cómo nos divertimos tambien nosotros cuando te veamos hacer la triste figura.

—Por Dios, por la Virgen, no crea V...

—Sí, ya te lo dirán de misas.

Y entre estas y semejantes razones llegaron reo y conductores al cuerpo de guardia, desde donde fué trasladado el buen Juan á un oscuro calabozo, en el cual lo dejaron solo cargado de cadenas y entregado á sus tristes pensamientos.

Cuán tristes serían, puedes figurártelo, si te tomas la pena de recordar las desgracias que amagaban al pobre muchacho, y el peligro en que, á deducir de las amenazadoras promesas de sus aprehensores, se encontraba su vida; y sin embargo, á pesar del temor que por ella debía abrigar, la primera palabra que salió de su boca fué un recuerdo para su madre.

—Madre mia, madre, decía entre sollozos el buen Juan, quién cuidará de tí, y qué pensarás de tu hijo cuando lo llames y no lo veas acudir á tu voz! Era esta la salud que yo quería llevarte?... ¿Quién buscará, cuando yo te falte, el sustento para tí? Dios mio! qué he hecho yo para que me abandoneis en esta tribulación! será posible que se figuren que yo venia á pegarle fuego al polvorín?... Yo les diré que no, que no mil veces... Sí, lo diré, pero me creerán? Diré que vine á buscar una yerba para curar á mi madre. Sí, y ellos me responderán lo que me respondió el Judas ese que me traía. No hay remedio, me quitarán la vida, ó me tendrán muchos años preso... Y mi madre se morirá de necesidad... Voto á!... y frenético se levantó, corrió con la ligereza que permitían las cadenas que lo aprisionaban, hacia el sitio donde presumia estaba la puerta, y empezó á pegar puñadas tales en las paredes, que si no derribarlas, las hicieron estremecerse.

—Oh! por vida... por vida... no puedo, no puedo derribarlas, y me he de podrir aquí... mientras mi madre... Qué digo!... Ya que no la puedo volver á servir de nada, para qué quiero vivir mas?... Al fin, si no es mañana, el otro me matarán... voy á ahorrarme el trabajo... y como?... cómo!... estrellándome la cabeza contra esa pared! Y ciego corría á chocar contra ella, cuando una voz dulce como la de una virgen, y penetrante como la de un niño, resonó en las bóvedas el nombre de Juan.

Temblando como la hoja en el árbol, zumbándole los oídos, con las dos manos estrechándose el corazón, que parecia querérsele salir del pecho, Juan pronunció un ay indefinible, y quedó inmóvil cual si de piedra fuese.

—Juan!, volvió á repetir la voz, ¿qué idea tienes de Dios que dudas de su bondad? Qué idea tienes de Dios que dudas de su misericordia. Qué idea tienes de Dios que dudas de su poder? Qué idea tienes de Dios que dudas de su justicia, que librará al inocente, así como castigará al suicida?

—Dudé, señor, pequé, tened misericordia de mí, dijo Juan, y cayó de rodillas con las manos levantadas á Dios.

—Álzate y sígueme, replicó la voz; y á su sonido la puerta del calabozo se abrió con estrépito, y allá en el corredor se divisó una luz brillante, hacia la cual, atónito Juan se encaminó, cruzando en pos de ella corredores, prisiones, y el cuerpo de guardia, donde estaban los soldados, durmiendo los unos y los otros confortándose al calor de una fogata.

—Ya estas libre, qué mas quieres? preguntó la voz á Juan luego que hubieron pasado delante de la garita donde velaba el último centinela.

—Quiero una yerba que se cria cerca de aquí, con la que se ha de poner buena mi madre.

—Sígueme. Y uno en pos de la otra volvieron á andar hasta que llegaron sin pisar escombros, sin saltar fosos y sin subir cuestras, al sitio tan anhelado por el pobre Juan.

—Conoces la yerba?

—Sí; esta es.

—Y crees que con ella se curará tu madre?

—Si Dios quiere, sí.

Y en el momento principiaba Juan á separar la tierra con las manos para descubrir la raíz de la que habia señalado, cuando sintió sujetos sus brazos y oyó á la voz que le dijo:

—No, esa no, esta es la que has de arrancar. Y una luz brillante iluminó una yerbecita que estaba cerca de Juan, y hacia la cual se dirigió él con presteza, empezando en el momento á trabajar para cogerla pero á manera que eran mayores los esfuerzos que empleaba el pobre muchacho, con grande asombro suyo veía que eran mas grandes las dificultades que se le presentaban para conseguirlo, porque no parecia sino que la yerba, escondia cada vez mas su raíz en el centro de la tierra. Sin embargo, cuando creyó que ya habia escavado lo suficiente, asiando la raíz con las dos manos empezó á tirar de ella, á tirar, hasta que sintió vencida la resistencia que encontraba, y se encontró casi cubierto de la tierra que habia desprendido, y pendiente de sus brazos un grande arcon de hierro.

—Dios mio! qué es esto?

—Míralo.

—Cuánto oro!

—Todo es tuyo.

—Mio! ay! Con que á mi madre nunca le faltará ya qué comer... Pero si no se pone buena, añadió con tristeza el buen Juan, ¿de qué me servirá?...

—Cuando llegues á tu casa dale esa yerba que tienes en la mano. Y ahora vámonos de aquí. Y juntos volvieron á echar á andar, cargado Juan con su tesoro y precedido por la luz, hasta que saliendo del recinto del castillo repentinamente se dispó aquella, y se encontró Juan en la plaza, solo y rodeado de una densa oscuridad.

Importándole tanto llegar pronto á casa, figúrate, querida mia, lo que tardaría el buen muchacho en pasar sus umbrales. La madre Carmen, que con gran sobresalto habia despertado al ruido que hizo al abrir la puerta, se quedó mucho mas sorprendida aun cuando viéndolo entrar en su alcoba cargado con un bulto que no alcanzaba á distinguir, le oyó decir: Madre, tome V.; y al mismo tiempo sintió que su hijo le dejaba caer en la mano una cosa á cuyo contacto experimentó una conmoción extraordinaria en toda la cara.

—Dios mio! ¿qué me has dado aquí! Dijo la viuda, é impulsada por un movimiento interno, se levantó y corrió precipitadamente hacia su hijo, quien con las manos levantadas al cielo habia caído de rodillas murmurando:

—Alabado sea Dios Todopoderoso! mi madre está ya buena.

—Hijo, ¿qué es lo que me has traído?

—La salud, madre mia.

—Y eso, qué es? dijo la madre Carmen señalando el arcon que habia traído Juan.

—Un tesoro, madre; la riqueza.

—Dónde lo has encontrado? ¿quién te lo dió?

Iba á contestar el buen muchacho contando toda su aventura, cuando le llamaron la atención unos balidos de la Azucena tan lastimeros, que no pudo menos de correr precipitadamente al rincón en que habian colocado la camita del hallado, y sobre la cual estaba la cabra manoteándola, lamiéndola, y escarbando en todas direcciones.

—Madre, y el niño? preguntó Juan al ver que allí no estaba.

—Allí estará... Pero qué veol!... Jesus me valga!... No está... Pues dónde... A ver, déjame buscar...

—Es inútil, madre mia; no lo encontrará V... Yo lo veo todo bien claro. El niño está allí, dijo señalando al cielo, y aquí nos ha dejado la fortuna y la salud.

—Alabado sea el Señor en el cielo y en la tierra, dijeron hijo y madre, y cayeron de rodillas bendiciendo á Dios.

Segun mi abuelita decía, parece ser que Juan, pocos dias despues de aquellos acontecimientos, se casó con la buena de Maria, y tanto ellos como la madre Carmen, vivieron felices durante muchos años, repitiendo Juan á cada momento, tanto á los hijos que de su matrimonio tuvo, como á las demás personas que se lo quisieron, oír un refrán que desde aquella noche de su vuelta del castillo se le habia fijado tenazmente en el magín, y que no era otro que el de *Haz bien y hallarás la recompensa*.



## LOS GATOS CON PESTE.

De peste acometidos,  
en rabiosos maullidos  
exhalan su dolor miles de gatos  
que á impulso mueren de terribles flatos.

A la raza gatuna  
medicina oportuna  
el médico no encuentra en su desvelo;  
y resuelven pedir auxilio al cielo.

Deciden confesarse  
á fin de prepararse  
á que benigno aquel oiga sus preces  
pidiéndole perdon una y mil veces;

Y á un barbudo ermitaño,  
grande ladrón antaño,  
acuden uno á uno compungidos,  
de su vida pasada arrepentidos.

Acúsase el primero  
de que sutil y artero  
detrás de la doncella que de prisa  
fué por una tisana muy precisa;

Sin que lo percibiese,

n observarlo pudiese,  
entró y quedó cerrado en la alacena,  
de mil sabrosos comestibles llena.

En ella colocado  
aquí tira un bocado,  
allí de truchas come varios trozos  
haciendo por do quiera mil destrozos.

—Tu pecado es patente:  
á la mas diligente,  
pidiéndole un enfermo la bebida,  
no da tiempo á que sea precavida.

Cada cual que llegaba,  
el que menos contaba  
golpes de sutileza extraordinarios,  
para coger la presa necesarios.

¡Qué pecados gatunos  
confesaron algunos!  
Le pasmaria al mas sagaz ratero  
ver lo que sabe un gato marrullero.

A todos su malicia  
reprende con justicia  
severo el confesor, y recomienda  
un propósito firme de la enmienda.

Por fin llega temblando,



y su pecho exhalando  
mil profundos suspiros, una gata,  
con modales y voz de mogigata.  
Y empieza: —Me estremece,  
y sé que no merece  
mi pecado el perdon que humilde imploro;  
pero bien sabe Dios cuánto lo lloro.

Jamás hice otra cosa  
que tomar melindrosa  
cuanto me da con mimo la señora,  
besándome y diciendo que me adora:

Mas diome cierto día  
¡infeliz! la manía  
de irme á la cocina, y descuidada  
una polla encontré recién asada.

Hallábase ya fria;  
á nadie allí veía,  
y la ocasion me turba de manera,  
que glotona comí la polla entera.

Lo grande de mi falta  
aun mas y mas resalta  
si se mira á su triste consecuencia,  
pues vino á originar fuerte pendencia.

En vez de reprenderme  
el ama, al sorprenderme  
cuando engullia el último bocado,  
ni mirarme pensó con ojo airado;

Y al ver á la criada  
le grita: —Abandonada!...  
Prorrumpe en amenazas y dieterios

llenándola furiosa de improprios.

Yo, hija, te perdono:  
el ama habló en tu abono,  
le dice el confesor: tú no pecaste:  
de tu derecho añadiré que usaste.

En los gatos no es vicio,  
antes bien es oficio  
coger lo que se deja abandonado;  
el culpable es el hombre descuidado.

Si alguna se abandona,  
el mundo no perdona  
su perdicion, y achácale la culpa,  
mientras al seductor se le disculpa.

PASCUAL FERNANDEZ BAEZA.

## EL SALVAJE DEL BRASIL.

En los primeros tiempos del descubrimiento del Nuevo-Mundo, una tropa de portugueses habia caído entre las manos de algunos indigenas del Brasil, que hicieron en ellos una horrible matanza. Un jóven oficial, presa de los salvajes, que le acometian, levantada el hacha sobre la cabeza, no esperaba escapar de la muerte, y solo pensaba en vender la vida á caro precio. De repente, un viejo salvaje, armado tambien de una hacha, aproximósele, y se dispuso á descargar el golpe; mas en



aquel instante, deja caer el hacha, y se arroja entre el oficial y sus dos enemigos: estos se retiraron al punto con respeto.

El anciano tomó de la mano al portugués, alentóle á fuerza de miramientos, y conduciéndole á su cabaña, tratándole siempre con no desmentida dulzura, hizo de él no un esclavo, sino un compañero: aprendiendo bien pronto la lengua de los indígenas, y las artes groseras que eran del patrimonio de aquellos hombres de la naturaleza, vivían contentos ambos el uno del otro, en la dulce paz de la virtud.

Solo una cosa prestaba inquietud al portugués; y el anciano que en él fijaba los ojos de cuando en cuando, dejaba desprenderse lágrimas de sus ojos, despues de haberle contemplado lleno de dolor.

Entre tanto, sucédese la vuelta de la primavera, y los salvajes vuelven á tomar las armas y se dirigen á campaña.

El anciano que era bastante robusto para soportar las fatigas de la guerra, partió con ellos acompañado de su prisionero.

El ejército indio hizo una marcha de mas de doscientas leguas á través de las florestas, y arribó por último á un llano, donde descubrió el campo portugués. El viejo salvaje, hizo ver al jóven oficial las tropas de sus hermanos.

—Hé ahí á tus hermanos, le dijo: hé ahí á tus hermanos que se aprestan á combatirnos. Escucha: yo te he salvado la vida; yo te he enseñado á manejar el arco, á lanzar las flechas, á esgrimir el hacha,



á perseguir el ciervo en la floresta. ¿Qué eras tú cuando te conduje á mi cabaña? ¿Tus manos eran semejantes á las de un niño: ellas no servían ni para sustentarte, ni para defenderte: tu alma no era alma, tú me lo debes todo. Serías tan ingrato que quisieras volverte con tus hermanos, y levantar el hacha contra nosotros?

El portugués jura que antes perderá la vida mil veces que verter una gota de sangre de un brasileño.

El salvaje cubre el rostro con ambas manos, inclinando su arrugada frente; y despues de haber permanecido algun tiempo en semejante actitud, mira al jóven portugués, y con un tono de tierna dulzura, le dice:

—Tienes padre?

—Aun vivía cuando dejé á mi patria.

—¡Oh cuán desgraciado es! esclama el salvaje.

Despues de un momento de silencio continúa:

—¿Sabes tú que yo he sido padre también? Pero ya no lo soy... Yo ví á mi hijo caer en el combate!... El estaba á mi lado... yo le ví morir!... Cuando cayó á mis piés, estaba cubierto de heridas... pero yo las vengué todas... sí, yo las vengué.

El anciano pronuncia estas palabras con fuerza: temblaba todo su cuerpo, contraído con violencia por los gemidos que se esforzaba en ahogar. Sus ojos padecían el estravío de un insensato; sus lágrimas, que habian asomado á sus párpados, no surcaban sus mejillas. Cálmas

poco á poco, sin embargo; y volviéndose al Oriente, donde comenzaba á levantarse el sol, dijo al portugués:

—Ves ese hermoso cielo, tan resplandeciente de luz? Encuentras placer en contemplarle;

—Sí, dijo el jóven; me entusiasma de alegría, la contemplacion de ese hermoso cielo.

—Pues bien, hijo mio, á mí no; dijo el salvaje, dejando desprender un torrente de lágrimas.

Un momento despues, enseñó al jóven portugués un manglero cubierto de flor.

—¿Ves ese árbol? le dijo: ¿hallas placer en mirarle?

—Sí, sí, dijo el jóven: es tan bello!

—Pues yo no, hijo mio... yo no, dijo el salvaje con breve é imperceptible voz.

Despues añadió:

—Vete ya... vete á tu país!... Así encontrará placer tu padre en ver el sol que se levanta, y las flores que perfuman y embellecen la primavera!... Adios!...

## LA ALAMEDA DEL PEREJIL,

NOVELA GADITANA.

(Continuacion.)

—No lo sé... puede que sea de D. Gil el cajero.

—¡De D. Gil, con su gorro blanco y sus setenta y dos del pico!... V., señorito, parece que quiere burlarse de mí. Válgale el que yo no le he cogido encima esa monería de billete; pero yo debo tomar mis precauciones por lo que pueda tronar. El bergantín *Iscariote*, consignado á casa, debe cerrar dentro de unos dias el registro para Californias: se irá V. en él, y me quitaré yo de quebraderos de cabeza.

Concluida que fué esta lacónica é inapelable sentencia, volvió la espalda y se entró en su despacho.

Aterrado con esta inesperada decision quedó nuestro héroe; pero no bien pudo serenarse un poco y meditar acerca de las consecuencias que de sí arrojaba, cuando penetró todo lo terrible y amargo del caso en que iba á verse. Abandonar su patria y separarse de aquella Rosita de quien fundadamente se creia correspondido, eran esfuerzos superiores á su valor. Morir mil veces primero, esclamaba, que sucumbir á estos duros preceptos que se me imponen. Y sin embargo, ¿qué camino le quedaba? A fuerza de discurrir halló un arbitrio que abrazó con ardor: era su única áncora de esperanza; mas para ello era forzoso contar con su amada, y no debía verla hasta de allí á tres dias por lo menos: espacio harto largo para su impaciencia. Resuelto en fin á valerse de nuevo de la tia Blasa, escribió un lacónico billete y marchó á la cueva de la bruja, á quien suplicó encarecidamente lo pusiese en manos de su querida, recogiendo además la contestacion; aunque á dicha no la reveló todos sus proyectos, ora fuese por un efecto de desusada prudencia, ora, y es lo mas creible, porque no se le ocurrió tal cosa en aquel punto. Ofrecióselo así la astuta gitana, y en el momento mismo se dispuso á poner por obra su árdua y arriesgada empresa.

Antes de una hora de la pasada entrevista llamó á la puerta de Doña Estefanía una vieja mendiga, cuyo aspecto mostraba á las claras la enfermedad y la miseria; apoyábase en una gruesa caña que traía en la mano, y con reiteradas súplicas pedia hablar á la señora para comunicarle un asunto importante. Fue en efecto concedido y entró en su cuarto dejando la caña á la puerta de él; pero no sin haber dirigido antes á Rosita una seña tan espresiva, que fácilmente alcanzó esta todo el misterio. Una vez á solas con la viuda le habló de esta manera:

—V. estrañará, señora, el misterio con que he solicitado hablarla; pero la fama de su mucha caridad para con los pobres, y el saber que es su merced una persona tan honrada como buena cristiana, me obligan á advertirla que un tunantuelo mozalbete que persigue á su hija, sabiendo lo que su merced la guarda, ha resuelto el enviarla hoy una carta que la entregarán, si pueden, en su casa misma. La persona encargada de hacerlo me ha confiado este secreto; pero yo creo que Dios no me manda que lo guarde cuando está de por medio el honor de unas señoras tan buenas y caritativas, y he venido á advertirselo para que tenga el ojo alerta.

Agradeció en el alma Doña Estefanía este sincero interés, y se propuso no desperdiciar el aviso, despidiendo á la mendiga con algunos cuartos: esta tomó de nuevo su caña, y á pocos momentos caminaba por la calle arriba con mejor paso que pudiera esperarse de su achacoso aspecto.

Mientras esto pasaba, Rosita, que como dijimos habia penetrado la intencion de la mendiga, cogió la caña y sacó de su hueco un billete concebido en estos términos:



«Me quieren separar de V. tal vez para siempre; pero aun queda un solo medio si V. me ama. En un pueblo distante de aquí muy pocas leguas tengo un tío que me quiere y de cuya indulgencia no puedo dudar. Mañana al salir el sol esperará á V. á la puerta de su casa una muger respetable, y la conducirá á un coche prevenido fuera de la ciudad: ambas entrarán en él, y yo en seguida montaré á caballo para precederlas. Ha llegado el momento de tomar una resolución violenta; pero cuyo resultado será el unirme mañana solemnemente á la muger á quien adoro.»

Crítica era en aquel punto la situación de la jóven; pero el tiempo urgía, y así tomando un lápiz escribió con mano trémula en el papel: «Me fio en su honradez de V. y en su palabra: estaré pronta á la hora que me indica.»

Enrolló en seguida el billete, lo puso en su lugar, y un minuto después la tía Blasa (pues era ella) lo conducía triunfante á casa de Pepito.

La gitana sin embargo no las tenia todas consigo, y si bien ignoraba completamente los aventurados proyectos de nuestro enamorado, no obstante, su sagacidad le hacia conocer que se trataba de alguna cosa extraordinaria: cosa que no estaba de modo alguno en sus intereses, puesto que la primera esplicacion que mediase entre ambos jóvenes daría al traste con sus engaños y pondría de manifiesto sus intrigas. Conveniale pues evitar á toda costa que llegase á verificarse semejante entrevista, y para ello resolvió vigilar escrupulosamente á uno y otro amante, como en efecto lo puso por obra segun abajo se dirá.

Después de una angustiosa y agitada noche, como la que siempre precede á imprudentes y desacordadas acciones, amaneció aquel día, ora deseado y ora temido, que habia de decidir de la suerte de dos interesantes personas. Antes de salir el sol la vieja Remigia (que después de haber llorado amargamente la romántica resolución de Pepito, habia cedido por fin á sus ruegos y á sus instancias), se hallaba al pié de los balcones de Doña Estefanía esperando á aquella exaltada niña, y afanado allá en sus adentros su temeraria evasión; pero antes de que esta se verificase, la maldita bruja que la acechaba, se presentó á sus ojos fingiéndose sabedora del caso, merced á sus conocimientos en la buenaventura, manifestándole la habia conducido allí el deseo de serle útil si así lo juzgaba. Diole gracias la crédula vieja, y contole cómo y dónde las esperaba el coche, y cuáles eran en fin todas las medidas tomadas por Pepito para llevar á cabo su fuga. No perdió una palabra la tía Blasa, y despidiose de ella, protestándole su cariño y el interés que por ellos se tomaba, y marchándose en seguida á toda prisa para poner en ejecución sus meditados planes.

Tardose aun largo rato en bajar la esperada Rosita: pálida, llorosa y acertando apenas á sostenerse en pié, habia retrocedido varias veces ante las terribles consecuencias de un paso tan imprudente; pero los malos tratamientos de que era victima, y la perspectiva de una reclusión perpetua, ó de un enlace quizá mas duro é insoportable que ella, acabaron de vencerla: cerró los ojos á lo presente y confió su porvenir esclusivamente al destino.

En el glasis de Puerta de Tierra, del lado de la bahia, como punto de menos tránsito por hallarse fuera del camino real, se hallaban parados un coche de colleras con las persianas cerradas, y un caballo de silla al cuidado del zagal, mientras que en un ventorrillo que se descubria á pocos pasos, D. Pepito y el mayoral se hallaban ocupados de harta diferente manera. Agitábase el primero con señales de impaciencia suma, mientras el segundo fumaba tranquilamente al compás de sendos tragos de aguardiente anisado con que se preparaba á las fatigas del día. Mas de una hora habia pasado en efecto después de la convenida, y nadie parecia aun, cuando por fin, al cabo de otro rato asomaron por las puertas nuestras dos ansiadas mugeres. Saliolas precipitadamente al encuentro el desasosegado mancebo, y dirigiéndose á la jóven le dijo:

—Adorable Rosita, ¡cuánto tengo que agradecer á V! No es ahora sin embargo la ocasion de perder un tiempo que es precioso, suba V. al coche, y ánimo sobre todo.

Dió aquella al oír esto dos pasos atrás, y fijó sus espantados ojos en el que así le hablaba: volviolos en seguida en torno de sí cual si buscase alguna otra persona mas; pero viendo que se afanaba en balde, preguntó asombrada:

—Y qué! ¿No esperamos á nadie?

—¿A quién hemos de esperar? le replicó Remigia.

—Suba V. pronto por su vida, que la camisa no me llega al cuerpo de puro miedo.

Encogiose de hombros Rosita, como persona que no comprende palabra de lo que le sucede, y cediendo maquinalmente á las eficaces súplicas de su compañera de viaje, entró en el coche, cuya portezuela la esperaba; pero en aquel mismo momento se vieron rodeadas de soldados, que saltando sobre el parapeto del camino cubierto, llegaron al coche sin dar lugar siquiera de ser sentidos. El jefe que los mandaba, haciendo cercar á los fugitivos, les gritó:

—De órden del señor gobernador dense á prision todos: á cuyas palabras bajando Rosita la persiana descubrió enfrente de sí un soldado, cuyas facciones creyó reconocer á pesar de aquel inusitado vestido: acérase un poco mas; no duda ya entonces, y esclama:

—El es!

—Con efecto, el soldado era el mismísimo Currito, á quien ya conocemos.

## CAPÍTULO V Y ULTIMO.

### EL ÁRBOL SOLITARIO.

Y aquí acaba la comedia:  
perdonad sus muchas faltas.

A corta distancia del sitio en que acababa de verificarse la escena que terminó el capítulo anterior, dijimos se hallaba un ventorrillo, al cual fuéron trasladados los presos, interin la autoridad disponia de ellos lo que mas oportuno juzgase. Pepito, que á dicha nada habia echado de ver relativamente á la aparicion intempestiva de su antiguo y favorecido rival, caminaba absorto y fuera de sí, no sin reflexionar acerca de las terribles consecuencias de este inesperado acontecimiento, cuyo origen en vano trataba de descubrir; la vieja Remigia, medio muerta del susto, ponía ambas manos en su cabeza y se espeluznaba de miedo al acordarse del implacable D. Braulio y del poco amistoso recibimiento que sin duda le tendria prevenido. Rosita, en fin, combatida por tantos y tan varios pensamientos, llena su mente de dudas y de incertidumbre, y sin comprender apenas nada de cuanto veia u oia, se dejaba conducir maquinalmente, esperando que algun acaso feliz hiciese brillar un solo rayo de luz capaz de hacerle conocer cuál era su verdadera posicion en aquel angustioso momento. Entre tanto nuestros tres fugitivos, una vez en el ventorrillo, fueron encerrados en habitaciones separadas, aprovechando á duras penas la escasa comodidad que presentaba aquel estrecho local, tan poco á propósito para ser convertido en fortaleza.

El cuarto en que fué confinada Rosita, bien que el mejor del edificio, mostraba á la legua el objeto esclusivo para que fué formado. Una larga y estrecha mesa de pino al natural, cuyas desiguales y separadas tablas se mecian sobre unos dobles piés en forma de caballete, hacia juego y simetria con dos prolongados bancos colocados á uno y otro lado; algunas viejas estampas iluminadas á trechos con almagra, y que representaban la vida del hombre malo, adornaban la desnuda tablazon de las paredes, á las cuales estaban pegadas con obleas; y una desvencijada silla de Holanda, que se guardaba para casos extraordinarios, acababa de completar el mueblaje y adorno de aquella improvisada cárcel, cuyas luces consistian en una ventana pequeña que daba al lado de la plaza, asegurada por dos barrotes de madera colocados en cruz: hacia esta parte habiase colocado un centinela para impedir que algun impertinente curioso se aproximase al ventorrillo.

Nada de cuanto acabamos de decir advirtió Rosita: abrumada de pesares, desasosegada é inquieta por su suerte, y previendo tanto menos el desenlace de aquella singular intriga, cuanto mas desconocida le era la causa principal que la hubiese motivado, permaneció algun tiempo tratando de coordinar los antecedentes de su fuga con los incomprendibles resultados que habia podido observar desde el punto en que abandonó la casa de su madre; pero nada pudo darle la menor luz acerca de lo que ansiosamente procuraba descubrir; convencida en fin de la inutilidad de sus esfuerzos, y aterrada su imaginacion con la amarga y horrible perspectiva que por todas partes descubria delante de sí, conoció que el corazon se le oprimia con el peso de la angustia, y corrió á la ventana para buscar un poco de aire libre que poder respirar, pues parecia que hasta eso no hallaba en el mundo. Asomose en efecto, y la suerte le deparó mas aun de lo que en aquel momento se atrevia á esperar: Curro, con fusil y cartuchera, se paseaba á corta distancia: iba á hablarle, iban á disiparse sus dudas; pero entre tanto no dejó la bella niña de observar con disgusto la estraña y perjudicial trasformacion que habia sufrido el gallardo majó de la *Alameda del Perejil*: el zapato de municion y el largo botín negro reemplazaban á la lustrosa media de seda y al pulido calzado; un ancho casacon blanco, suficiente á contener dentro de sí tres chupitas de alamares, se prolongaba en dos enormes faldones, cuyos picos vueltos hacia afuera tocaban casi á los tobillos; la poblada patilla habia sido entregada al brazo secular del barbero; caía sobre sus espaldas, no ya la moña y la gruesa trenza de pelo, sino la mezquina coleta de ordenanza; y en lugar de la graciosa y breve monterilla, se levantaba sobre su cabeza un raído sombrero de tres picos, sin otro adorno que una colosal escarapela: todo en fin debilitaba en Rosita aquel prestigio de pura esterioridad que la habia fascinado en otro tiempo; pero ¿quién sabe? se decia á sí misma, quizá esta trasformacion deba darle á mis ojos mayor realce, pues que será debida á algun proyecto que



no alcanzo; pero que tal vez habrá sido formado por su amor hacia mí. Afortunadamente nuestro centinela llegó en aquel punto frente de su prisionera, y parándose ante la ventana con aire desembarazado, rompió aquella el silencio en estos términos:

—La Providencia sin duda le envía á V. aquí para aclarar mis mortales dudas y para explicarme estos misterios que en vano procuro penetrar: sáqueme V. por Dios de esta cruel incertidumbre: ¿qué significa ese disfraz? ¿Cuáles son los proyectos de V. en este momento? Responda V. pronto, porque mi agitación es terrible y padezco lo que no se puede explicar.

—¡Estraña es la pregunta por vida de mi abuelo! contestó el soldado con una indefinible sonrisa. Lléveme el diablo si comprendo una palabra de todo cuanto pasa aquí. V. se escapa de su casa con un mozaletto: la cosa es natural entre hombres y mugeres, y lo que me pesa es no ser yo el de la escapatoria: en cuanto á lo demás, es regular que V. lo sepa mejor que nadie, y parece cosa de broma esto de empeñarse en que se lo he de decir yo. Así que váyame V. contando este cuento, y por mi salud que espero oír alguna cosa estúpida.

(Continuará.)

FRANCISCO FLORES ARENAS.

### EPISTOLA.

¡Epístola, dirás, cuando una oda  
El himno epitalámico reclama,  
O el estro remontado de la oda?  
¿Qué poético ingenio de alta fama,  
Para solemnizar un igual caso,  
Los versos mas rotundos no derrama?  
Tal vez tendrás razon; pero al parnaso  
No vamos todos por la misma senda,  
Y aun hay quien vá para quedarse al raso.  
Por eso yo, que en la floral contienda  
Con armas tan endebles me contemplo,  
Dejo á mi timidez que me defienda;  
Y no sé si será de mal ejemplo,  
Pero gracias daré si aun de esta suerte  
Puedo de Apolo columbrar el templo.  
Que una cosa, Manuel, es el quererte,  
Como amigo leal, cual yo te quiero,  
Y otra escribir y que escribiendo asiente.  
Fuera de que si bien lo consideras,  
Esta pobre modestia con que te hablo  
No vá tan desvariada de sendero.  
Que no es del todo exótico el vocablo  
De epístola tal vez para este asunto,  
Y recuerda sino la de San Pablo.  
Así con santo pie comienzo al punto  
Que coloca la pluma en mi mano:  
Nadie podrá decir que es mal barrunto.  
Y ya que estoy en el camino llano,  
Aparte digresiones, dulce amigo,  
Te escribo el parábien, de gozo ufano.  
Déjame de partir ahora contigo,  
Que aunque célibe soy, no es razon esa  
Para ser de las bodas enemigo.  
Porque si alguna vez al alma opresa  
Perturban tumultuosas las pasiones,  
A la razon al fin ceden su presa.  
Rompamos como locos las prisiones  
De la niñez, apenas las salvamos,  
Sedientos de falaces ilusiones.  
¡Y cuánto en tal afán nos engañamos!  
En medio del camino, sin aliento,  
¿Sabemos por ventura dónde vamos?  
Atras vuelto el altivo pensamiento  
La infancia que gozosos traspusimos  
Recordamos con dulce sentimiento.  
Entonces la inocencia que perdimos  
Apreciamos al fin; de tal manera  
El navegante audaz, que los opimos  
Dones de la fortuna, en extranjera  
Playa corre á buscar, al mar lanzado  
Llora infeliz por la natal ribera.  
Y cual si entre las olas desdichado  
Va á tropezar en áspero bajío  
Por recios huracanes contrastado.

Tal es la juventud, frágil navío  
Surcando el mar de pérfidos placeres  
Donde no hay mas que aterrados vacíos.  
Gran práctico por Dios, amigo eres,  
Pues evitando á tiempo la desdicha  
El dogmático hogar sabio prefieres.  
¿No es, di, verdad, que el alma satisfecha  
Feliz se mece en inefable encanto  
Cuando el amor lejítimo la estrecha?  
¡Con qué solicitud, con gozo cuanto  
Abandonaste la Mantuana villa,  
Que antes dejabas siempre con quebranto!  
Y es que volabas ahora hacia la orilla  
Donde del Tormes la escogida rosa  
Te aguardaba con fé pura y sencilla.  
¡Dulce es correr con planta presurosa  
Y vivo afán hacia el objeto amado,  
A quien vamos á dar nombre de esposa!  
Hallarla bella y el pudor pintado  
En la mejilla suave, que provoca  
De las bodas al beso regalado.  
(Ya ves que mi prudencia no es tan poca,  
Pues hablando, Manuel, del nupcial beso,  
Le doy en la mejilla y no en la boca.  
Aun viva la emoción de este embeleso;  
Es grato ver el franco regocijo  
En tantos rostros á la vez impreso,  
Y el comun pensamiento observar fijo  
En nuestra dulce idolatrada idea,  
Que acariciamos con afán prolijo.  
Mas ya que este bosquejo me recrea,  
Deja que te acompañe con la mente,  
Aunque la llames improba tarea.  
Así verá como inspirado cuento  
Que os vi á los dos al pie de los altares  
Juraros mútua fé con voz ferviente;  
Que del templo los sólidos pilares  
La luz de las antorchas reflejaban;  
Que amorosos los genios tutelares  
El velo conyugal os presentaban;  
Y que acogiendo vuestras preces puras  
En coyunda de amor os enlazaban.  
¡Oh mil veces dichosas criaturas  
Las que se adoran, y en estrecho lazo  
Se unen ante el Señor de las alturas!  
Goza Manuel en el nubil regazo  
Esa dicha suprema que te envidio,  
Mientras que dura de la vida el plazo.  
En tanto yo, remedaré de Ovidio  
Las tristísimas quejas que me brinda  
El destino fatal, contra quien lido.  
Mas, antes que el dolor venga y me rinda  
Ganándole esta vez yo por la mano,  
A ti, Manuel, y á tu consorte linda  
Mil plácemes os doy, de gozo ufano.

GERÓNIMO MORAN.

Telepho, rey de los Cecios, fué criado por una cierva; á la reina Semiramis la sustentaron unas palomas; á Rómulo y Remo, una loba; á Ciro, una perra; á Ision, siracusano, unas abejas; á Paris, el hoyano, una osa; al rey Midas, unas hormigas, á Esclepho y Piliás, una yegua, á Júpiter, esculapio, y Egipto una cabra.

El papel moneda en España, puede decirse que se introdujo en España en 1485, pues hallándose en aquella época los reyes católicos sin dinero con que pagar muy graves atenciones, mandaron hacer moneda de carton, que tenía de una parte sus nombres, y de la otra el valor que despues pagaron puntualmente.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 22.

Quien anda entre la miel se le pega algo.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION,  
á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo, 26.